



**PALABRAS DE LA PRESIDENTA DE LA COMUNIDAD DE MADRID,
ISABEL DÍAZ AYUSO,
EN EL CLUB SIGLO XXI**

Madrid, 14 de noviembre de 2022

Muy buenos días a todos.

Muchas gracias al presidente del Club Siglo XXI, Nicolás Redondo, por haberme invitado a esta tribuna que lleva más de 50 años abierta al debate de las ideas, en un ambiente de respeto, concordia y libertad.

Nicolás es un hombre bueno e íntegro, un político comprometido con la convivencia y el entendimiento desde sus convicciones socialistas.

Y gracias también a Paloma Segrelles, presidenta de honor.

Hace un año, ante el deterioro institucional de España, me preguntaba: «¿Cómo hemos llegado a esto?» Hoy me pregunto ¿qué hay detrás?, ¿qué se busca, a quiénes beneficia lo que está pasando y a dónde nos llevan?

«Clarísimamente ha habido un delito de sedición, de rebelión, en España», declaraba Pedro Sánchez en mayo del 2018.

En cambio, hace cuatro días nos dijo que hay que suprimir el delito mismo y rebajar las penas para «equipararnos a otras democracias europeas».

Miente porque en otros países de la Unión, como Alemania, Francia o Italia, los delitos equivalentes se castigan hasta con cadena perpetua. ¿Es que algún organismo europeo o internacional había puesto la más mínima pega a nuestra legislación? ¿Alguno de los condenados pudo alegar que nuestra legislación no era homologable? Es mentira. Otra más. Nuestra legislación es perfectamente adecuada.



No se olvide que todo esto ocurre en el marco de la renovación del CGPJ, del TS y del TC. De la negativa del Gobierno a devolver a los jueces el gobierno de los jueces, como nos urge a hacer la Comisión europea.

Se oculta información al Congreso, se puentea a la Administración consultiva, se incumplen todas las leyes de transparencia, se miente por sistema, como forma de hacer política, con desfachatez total, hasta el absurdo, la burla, y el desprestigio institucional e internacional.

Se quiere enfrentar la Justicia a la democracia, lo que constituye una perversión de los fundamentos de toda democracia liberal.

Durante el intento secesionista, jueces y fiscales fueron la última defensa del Estado de Derecho en Cataluña, según ellos mismos han declarado.

Tampoco es casualidad que, al mismo tiempo, el Gobierno de Sánchez y sus socios tengan a gala que más de un tercio de los españoles ya dependa de una nómina del Estado: 16 millones de personas.

Sabemos por la prensa que el Gobierno ha dado orden a los agentes del CNI de no investigar a los golpistas, y que los mismos agentes temen que no estemos preparados para cuando lo vuelvan a intentar, porque han amenazado abierta y reiteradamente con volverlo a hacer. Los agentes advierten que «el Ejecutivo ha hecho una invitación a la impunidad».



Estos días también nos enteramos de cómo se da orden de no seguir investigando los crímenes de la ETA.

Y nadie se deje engañar porque ahora la ETA no mate ni salgan en Cataluña a destrozar coches de policía y retener a funcionarios refugiados en edificios.

Decir la verdad y hacer cumplir las leyes, que ampara a todos, es la verdadera forma de ser leal a Cataluña y a toda España. No la cultura de la impunidad ante la desobediencia de la Ley.

Todos sabemos que la motivación de Sánchez es la del poder a toda costa. De eso no le cabe duda ya a nadie ni siquiera dentro de su propio partido.

Una España dirigida por Pedro Sánchez nos lleva a un gobierno de aprovechados que utilizan las instituciones para beneficiarse de manera autoritaria.

Aún digo más: detrás de este deterioro y asalto a las instituciones, hay un plan con una ideología clara detrás: instaurar en España, al margen de los mecanismos constitucionales, una República Federal Laica, de facto.

En eso está trabajando el gobierno y sus socios parlamentarios.

Para entender lo que ocurre hoy en nuestra Nación, hay que remontarse al 13 de julio de 1997, el día en que la ETA asesina vilmente a Miguel Ángel Blanco y toda España, incluido el País Vasco, sale a la calle harta del mal y del silencio.

Las manos blancas del espíritu de Ermua unieron a todos los hombres y mujeres de bien, y los ertzainas que se quitaban los pasamontañas y se abrazaban con sus vecinos fueron el símbolo de una España nueva y mejor.



Pero los totalitarios no lo pudieron digerir. Solo un año más tarde, en 1998, se reunieron las fuerzas nacionalistas en el llamado Pacto de Estella, para acabar con el recién nacido espíritu de Ermua, para que los españoles olvidaran su compromiso con la concordia y la valentía.

La peor deriva llegó en diciembre de 2003, cuando el PSOE, a través del PSC se adhirió a este espíritu separatista y destructivo, al firmar el Pacto de Tinell, que además se proponía sacar a la oposición de la vida pública.

Meses más tarde llegó, de manera sorprendente, Zapatero a la presidencia del Gobierno de la Nación.

Es difícil exagerar el daño que este hombre ha hecho a España, Hispanoamérica y el Estado de Derecho. Baste recordar ahora su firma de un cheque en blanco a los nacionalistas para un Estatuto de Cataluña sin que las altas instituciones del Estado tuvieran nada que decir.

Para que los jóvenes entiendan lo que ocurre, no debe olvidarse que tras la que parecía caída del comunismo en Europa en 1989, con el muro de Berlín, el totalitarismo se rearma ideológicamente y, en 2004, se funda la alianza bolivariana, ALBA, con la participación activa y lucrativa de los que hoy son socios de Gobierno en España.

Este movimiento no pretende construir nada, sino acabar con Occidente, con la Hispanidad, con la Unión Europea como garante de las democracias liberales, y con la OTAN. Es puro resentimiento.



Para llevar a cabo su labor de derribo no han dudado en aliarse con regímenes totalitarios, grupos terroristas, y narcotraficantes de todo el mundo. Han intentado reescribir la historia, reconvertir la lucha de clases en un frentismo permanente da cada sociedad (hombres contra mujeres, jóvenes contra mayores, el campo contra la ciudad, lo público contra lo privado...).

Han instrumentalizado las instituciones educativas, el cuidado del medioambiente, de la salud, de los jóvenes y los mayores, incluso la propia sexualidad y de la lengua. Han negado la legitimidad de los Parlamentos y del Poder Judicial. Todo medio es válido para acabar con el Estado de Derecho y con siglos de Historia.

España y su capital, Madrid, son piezas claves de esas realidades históricas, culturales y políticas que este comunismo renacido quiere minar y ocupar. Por eso, serán suyas o las incendiarán en las calles, y desacreditarán cualquier institución.

Lo que ocurre con el delito de sedición no es un hecho aislado ni mucho menos. Hay que preguntarse muy en serio por el propósito, el plan último. Y a quién beneficia.

Como he dicho antes, sostengo que Sánchez y sus socios, más allá de mantenerse a toda costa en el poder, siguen una estrategia que busca:

–Desmembrar España como Nación.

–Instaurar en España, al margen de los mecanismos constitucionales, una República Federal Laica de facto.

De ahí que la Corona, la capital, la bandera y los demás símbolos; el espíritu de la Transición, la presencia del Ejército, de la Guardia Civil y demás cuerpos y fuerzas de seguridad; o el Poder Judicial único e independiente sean un obstáculo en su camino.

Debemos ver lo que de verdad ocurre y no callarlo.



Tampoco podemos caer en la trampa de creer que el nacionalismo particularista se conformaría con la independencia: son expansionistas, imperialistas y viven del agravio.

No nos engañemos: si se salieran con la suya y declararan la independencia, primero quedarían cientos de miles de compatriotas privados de sus derechos constitucionales, habría ciudadanos de primera y de segunda, caería, por dejación de funciones, el Estado de derecho en toda España.

Eso es justamente lo que buscan: la independencia en cadena... Mucho más que amor por su tierra, les mueve y les une el afán de destruir la Nación española.

Pero hay algo más que no se dice, pero que ellos jamás han ocultado: son expansionistas, imperialistas: no tardarían ni un día en reclamar otras regiones de España y de Francia como parte de su territorio.

Ya lo hacen, nunca han dejado de hacerlo: miren sus mapas del tiempo en sus informativos, los libros que hacen estudiar en sus escuelas, la manipulación de la Historia. Renacería, multiplicado, el agravio y cabe imaginar a los extremos a los que llegaría el deterioro de la convivencia. Jamás se van a contentar.

Pero es que, además, su ideología es totalitaria y tampoco lo callan: buscan imponer un régimen autoritario, con exclusión de todo el que piense diferente, con la supresión de cualquier garantía del Estado de derecho o de la separación de poderes.

Como ven, esto va más allá de la desmedida ambición de un mentiroso compulsivo devenido en títere político.



¿Alguien no ve que hasta los grandes Museos Nacionales, que hacen de España una potencia cultural en el mundo, les estorban?

De ahí su descuido, politización, y, a la postre, la que llaman ahora «descolonización», en un disparate continuo que se solo palidece ante la desmesura del siguiente. Quieren hacernos perder el sentido de la realidad, o la esperanza.

No lo conseguirán. Pero ¿hasta cuándo seguirán los españoles tolerando tanta infamia?

No conocen la vergüenza ni la consideración por nada ni por nadie:

¿Que hay que hacer un Código Penal a la carta de los condenados por el Tribunal Supremo, un traje a medida de los delincuentes, para que puedan ejercer el terror en las calles y vuelvan a intentar romper nuestra convivencia?: se hace, sin consultar con nadie.

¿Qué hay que cambiar el delito de malversación para cambiar las condenas y brindar los suyos?: se hace.

¿Que hay que despreciar la Constitución hasta el extremo de que el Gobierno de Sánchez es el único de la historia que ha sido condenado tres veces por el Tribunal Constitucional?: se la desprecia.

¿Que hay que desacreditar al Supremo y a la Nación frente a las instancias internacionales?: se la desacredita.

¿Que hay que deslegitimar al Tribunal de Cuentas, y acusarlo de ponerle “piedras en el camino” de sus negociaciones con los separatistas?: se lo deslegitima.

¿Que hay que insultar a la Justicia como un instrumento de «venganza»?: se la insulta.



¿Que hay que financiar arbitrariamente a las comunidades autónomas, de manera que se castiga a las que no comparten su ideología y premia a las afines?: ¡adelante!

¿Que hay que boicotear la sanidad en Madrid, tomar las calles y los hospitales, y hacer creer a los ciudadanos que tienen una mala sanidad, cuando aún en medio de una crisis internacional de los modelos sanitarios, es excelente comparada con cualquier lugar del mundo?: pues se hace.

El problema es que además del deterioro de unos servicios públicos que ha costado décadas levantar, se impide el debate sereno para una reforma necesaria en un mundo que envejece, y que demanda servicios universales y de calidad.

Porque lo que está pasando en Madrid no tiene nada que ver con el derecho de todo profesional, los sanitarios entre ellos, a reclamar mejoras laborales.

Nosotros siempre estaremos dispuestos a escuchar a los médicos y enfermeros; a intentar mejorar sus condiciones porque sabemos que son indispensables, porque la protección de la salud es un derecho constitucional y que hay que contar con ellos y que su bienestar profesional es esencial para que podamos disponer del mejor sistema sanitario.

Cuando desde el activismo de izquierdas tratan de confundir a la opinión pública diciendo que un Centro Sanitario 24 horas debe funcionar como un pequeño hospital; o cuando meten miedo diciendo que la videoconferencia sustituye a un médico en Urgencias, hacen eslóganes desde la falsedad.

Cuando dicen que nuestro sistema sanitario atenta contra la Sanidad Pública, sabemos, simplemente, que sus discursos los han escrito aquellos que no utilizan nuestro sistema público porque les atienden en hospitales privados. Y no me parece mal. La libertad que disfrutaban es una conquista de los españoles en Madrid. Sólo que la misma quizá otros también la quieren y, sin embargo, se les niega con pretendida superioridad.



Si los activistas de la izquierda acudieran a nuestros hospitales, a lo mejor había menos demagogia.

La izquierda, en lugar de buscar soluciones a través del acuerdo y la negociación, en lugar de pedir un pacto nacional para solucionar la falta de médicos que afecta a toda España, que es el problema real, el verdadero asunto, ha optado politizar las dificultades.

Esa es la estrategia desestabilizadora de una izquierda irresponsable que busca desesperadamente aferrarse al poder o llegar a él, como es el caso de Madrid, a través de la confusión, la agitación y el juego sucio.

Madrid es una pieza esencial a batir, una vez que saben que no la consiguen ganar en las urnas.

Por eso se la persigue como capital, se la denigra e incendia a toda costa.

Sin embargo, según los organismos autónomos más prestigiosos, la solvencia económica de la Comunidad de Madrid incuestionable.

Es la Comunidad autónoma con mayor esperanza de vida al nacer de toda España, con 84,64 años, según el INE, y aquí disponemos de los mejores hospitales, tanto públicos como privados.

Somos el gran motor económico de España y generamos uno de cada cinco euros del PIB nacional, al tiempo que somos siempre solidarios con el resto del país. Nuestra



región es la que tiene los impuestos más bajos, la que atrae más inversión extranjera y en la que más empresas se crean.

Y hemos superado a Barcelona en el índice de Competitividad de Talento Mundial, que mide a las regiones con más futuro laboral.

Por eso, todo el mundo mira a Madrid. Cada vez más personas de todo el mundo quieren venirse a vivir entre nosotros. Y millones de españoles nos ven con esperanza como alternativa al proyecto autoritario que nos amenaza.

Pero en los últimos días el Gobierno de Sánchez ha entrado en una deriva muy peligrosa.

Ahora premia también con PERTES, como el concedido a Barcelona para hacer microchips, dotado con 1.150 millones de euros de dinero público para una inversión de 12.250 millones, que equivale a la mitad del presupuesto anual de toda la Comunidad de Madrid.

La estrategia de la carcoma, al servicio del independentismo, en Madrid nos está saliendo muy cara. Porque para Sánchez hay españoles de primera y de segunda, según el grado de negociado que se tenga con el Gobierno.

Además, mientras premia a Cataluña y País Vasco, a nosotros nos castiga, y ha creado un nuevo impuesto de Patrimonio para ir contra Madrid, boicoteándonos el atraer ahorro e inversión extranjera que está siendo fundamental para la prosperidad de la región.



Incluso ha extendido este impuesto a los extranjeros con viviendas en España, que antes no lo pagaban.

No le ha importado invadir nuestra autonomía fiscal ni suplantar nuestras competencias. En lugar de bajar los impuestos, como hacemos nosotros, han querido imponernos su socialismo fiscal con este impuesto, que espantará 5.000 millones de euros de nuestra región cuando esa recaudación no le es necesaria. Es simplemente, hacer daño.

Y esta misma advertencia de que ahuyenta la inversión se la han hecho también las principales empresas, como BBVA o Cepsa, porque también las ha castigado con los nuevos impuestos a la Banca y a las Energéticas.

Sánchez ejerce su poder fiscal como si fuera un chantaje: si pones el impuesto de Patrimonio, dice, lo recaudas tú; si no lo haces, lo pongo yo, y me quedo con el dinero.

Un chantaje que empobrecerá a Madrid y a toda España. Es un «¡Exprópiese!» a los ahorros de la gente, en el peor momento posible.

Por eso, la Comunidad de Madrid ha tenido que salir, una vez más, en defensa de los madrileños y aprobar en la Asamblea una Ley de Autonomía Financiera que proteja de los abusos impositivos de Sánchez.

Mientras Sánchez sigue comprando el apoyo de sus socios, la deuda de España continúa disparándose y ya roza el 114% del Producto Interior Bruto. De hecho, Sánchez es el líder de Europa que más ha aumentado la deuda desde que empezó la pandemia.



Una deuda que va a superar durante décadas no sólo el límite máximo que estableció el Tratado de Maastricht, sino incluso el límite suavizado que ahora propone la Comisión Europea.

Y esa deuda irá a más, porque el Gobierno ha hecho los Presupuestos sobre la premisa falsa de que la economía va a crecer un 2,1% en 2023, cuando la Comisión Europea y otras instituciones nacionales e internacionales ya le han advertido de que solo lo hará un 1%.

Los medios para estos fines pasan por controlar la información y señalar a los medios y periodistas críticos. Lo intentó Manuela Carmena en el Ayuntamiento de Madrid, con su web “Versión Original”, y lo quiso hacer antes Pedro Sánchez con el “Ministerio de la Verdad”. Ahora con el globo sonda de que los medios tengan que difundir información «de interés público».

Sánchez utiliza toda su artillería, incluida la rueda de prensa posterior al Consejo de ministros, para atacarnos, para desprestigiar al líder de la oposición, para enfrentarme con Alberto Núñez Feijóo y para desestabilizar.

Como ven, desde que la izquierda perdió el rumbo, no hay una alternativa sensata en nuestra región. Porque lo que ellos proponen es replicar en Madrid su desastroso proyecto nacional.

Nosotros, en cambio, trabajamos para que Madrid sea una región abierta, innovadora, próspera y libre. Una Comunidad en la que bajamos los impuestos, porque pensamos siempre en aprovechar al máximo cada euro de los ciudadanos. Aquí no tenemos que comprar los apoyos políticos de nadie con el dinero de los contribuyentes. Y mucho menos pervertir el orden constitucional.



Nosotros pagamos nuestras cuentas, sin hipotecar el futuro. Somos la región con la deuda pública más baja de España y la que más confianza genera en los mercados.

También respetamos la ley, que es igual para todos. Damos seguridad jurídica, por lo que generamos confianza y atraemos la inversión extranjera, a pesar de las dificultades que nos crea el Gobierno. Defendemos a quienes crean empleo y riqueza, y a quienes se ganan la vida cada día con su esfuerzo, talento y trabajo.

Y nos negamos a apagar Madrid, porque sabemos que la luz es una inversión que potencia el comercio, la hostelería y el turismo.

Aquí todo el mundo tiene las mismas oportunidades, sin importar donde haya nacido. Y vienen muchos catalanes, vascos y otros ciudadanos españoles, hartos del nacionalismo, la arbitrariedad y las imposiciones.

Y Madrid recibe con los brazos abiertos a todos los que quieren compartir nuestro modelo de vida alegre y próspero. Un proyecto de vida que es el que queremos para España.

Urge que Núñez Feijóo llegue a La Moncloa; porque en estos momentos de peligro necesitamos a los mejores al frente de las instituciones. Capaz de unir a todos. Un político solvente, con cuatro mayorías absolutas, y un hombre comprometido con la España constitucional, en la que caben todos sin dejar a nadie atrás.

Por su parte, Madrid quiere estar siempre al servicio de España y del espíritu de la Transición, que legalizó al Partido Comunista y lo invitó a ser parte del futuro. Y ahora, paradójicamente, los comunistas buscan negar y destruir lo conseguido.

Nada de lo que hace Sánchez es fruto de la improvisación. Él sabe lo que quiere y lo hace a toda velocidad: desde la ruptura de España, al cambio de mentalidad de las familias y de los jóvenes.



Por eso animo a no dormirse.

Animo a que nadie se crea que el peor de los modelos no puede llegar porque alguien nos ayudará. Nadie va a ayudarnos.

Lo que Sánchez está firmando es nuestra rendición:

La de la democracia, la del Estado de derecho. Y no tiene derecho a hacerlo porque nadie lo votó para tal cosa: España no se rinde y no está en venta.

Nadie lo votó para desmembrar España, ni para instaurar un régimen distinto, ni para entregársela a independentistas, expansionistas y totalitarios. Que se atreva a concurrir con ese programa.

Se encontrará con el rechazo de la España del Estado de derecho y de la unidad nacional, del progreso, la concordia, el consenso y la prosperidad.

Una España que defiende todo aquello que nos une y que cuida lo más preciado que tenemos: nuestra convivencia en paz y libertad. Ese es el mensaje que le enviaremos en las urnas.

En estos momentos en que España, la libertad y la prosperidad peligran no nos falte el «entusiasmo constructivo», como lo llamó Ortega, aquel en el que «se unen inseparablemente la alegría de proyectar y la seriedad del hacer», con el fin apasionante de hacer una Nación mejor.

Muchas gracias.